



50 AÑOS DE PRESENCIA EN VENEZUELA

Queridos Misioneros de Venezuela

Vuestra Delegación recuerda este año los 50 años de la llegada de los primeros Misioneros de la Consolata a Venezuela. Quiero presentarles mis felicitaciones personales y las de todo el Instituto por su jubileo e invitarlos a hacer memoria de todo lo que han realizado los cohermanos que los han precedido para que se puedan enriquecer por la experiencia y los ejemplos de entrega que ellos han realizado en los varios campos de trabajo de la Delegación.

Estoy seguro de que las palabras del Papa Francisco los pueden animar en esta circunstancia: *“La memoria cristiana es como la sal de la vida; sin memoria no podemos caminar hacia el futuro”*. Todos nosotros nos hacemos más sabios si, volviendo la mirada a nuestras experiencias personales de vida, podemos reconocer todo lo que hemos aprendido del trabajo misionero realizado por el Instituto en sus diversas circunscripciones.

Permítanme, entonces, que yo también me una a ustedes para acompañarlos en una rápida síntesis de todo lo que, bajo la guía del Espíritu Santo, han logrado realizar en estos cincuenta años de trabajo misionero en Venezuela, país muy bonito y, a la vez, muy problemático desde el punto de vista político y social. Deseo también invitar a todos los cohermanos del Instituto a celebrar con ustedes este jubileo para elevar en coro un himno de gratitud al Señor y encontrar en Él una oportunidad de animación en nuestra misión, dondequiera que estemos.

En 1971, P. Giovanni Vespertini, llegando de Colombia, empezó a mover los primeros pasos y a tejer los primeros contactos con algunos Obispos del país para estudiar la posibilidad de una presencia IMC en las diócesis con mayores necesidades pastorales. La respuesta de los Obispos fue muy positiva y fraterna, lo que movió a la Región Colombia a enviar a otros misioneros. Así fue como se empezó una presencia estable en la diócesis de Trujillo. Corrían los años del posconcilio cuando, por las sugerencias del Capítulo General de 1969, en todo el Instituto se empezó a estudiar la posibilidad de abrir nuevas fronteras de trabajo misionero con la modalidad nueva de los pequeños grupos de misioneros.

En 1974, con la llegada del P. Francisco Babbini, el Grupo-Venezuela alcanzó su autonomía bajo la responsabilidad directa de la Dirección General y, por consiguiente, dejó de ser una extensión de la Región Colombia. Iniciaba, así, una nueva etapa en la que se pudieron realizar opciones misioneras más claras y específicas en la iglesia local y en sintonía con nuestro carisma misionero y los desafíos originados por la evangelización y las necesidades del pueblo. En 1982 el Grupo pasó a ser Delegación, dedicada a la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela.

Mientras tanto, el número de los misioneros fue creciendo; los campos de trabajo y las modalidades del servicio misionero fueron pidiendo estilos y realizaciones mejores. Mirando, aunque sea a vuelo de pájaro, el camino hecho por la Delegación en estos cincuenta años, descubrimos claramente, desde

los primeros años, cuatro opciones que siguen siendo válidas y urgentes aún hoy en día: el servicio a los pueblos indígenas; la presencia entre los afroamericanos; la inserción en las periferias urbanas; la animación misionera de la iglesia local y el cuidado de las vocaciones.

Queridos misioneros, permítanme que me detenga ahora, brevemente, sobre cada una de estas cuatro opciones que, desde mi punto de vista, han calificado, y siguen calificando, su servicio a la Iglesia de Venezuela, sobre todo en este momento en que el país está pasando por una gravísima crisis económica, social y de salud que expone a dura prueba la vida de la gente.

1. Los Pueblos Indígenas

La Guajira ha sido la primera y significativa opción misionera realizada en los años de 1970. En esa porción de tierra, que se sitúa entre Colombia y el Mar Caribe, muchos misioneros han trabajado con pasión y esmero en el cuidado de tres comunidades del pueblo guajiro: Guarero, Paraguaipoa y Sinamaica. El trabajo de los misioneros ha hecho nacer numerosas pequeñas comunidades. Se han gastado muchas energías en la catequesis, sobre todo de los jóvenes, sembrando en la gente los valores de la familia, de las relaciones humanas de solidaridad y de compromiso en la transformación de la realidad a la luz de los valores cristianos. Nuestra presencia duró alrededor de diez años. Cuando La Guajira, que pertenecía al vicariato apostólico de Machiques, pasó a formar parte de la Arquidiócesis de Maracaibo, los misioneros entregaron las parroquias a la Arquidiócesis; sin embargo, el deseo de volver a los pueblos indígenas estuvo siempre presente en los misioneros de la Delegación.

En el primer decenio del 2000, los misioneros recibieron una petición nueva desde la desembocadura del río Orinoco, un territorio habitado por el pueblo Warao. Empieza, así, una nueva presencia en Nabasabuka y, posteriormente, en Tucupita, en comunión con las Misioneras de la Consolata, y se pone en marcha un plan de pastoral itinerante. Dicha presencia se hace muy valiosa en este momento ya que el pueblo Warao sufre fuertemente por la crisis que ha golpeado a todo el país. Escasean los alimentos, las farmacias no disponen de medicamentos y faltan posibilidades de educación para la juventud. Muchas personas han tomado el camino de la migración, no sólo hacia las grandes ciudades del país, sino también hacia Brasil, Colombia y otros países de América Latina. Les doy las gracias, hermanos, por todo lo que han hecho y están haciendo por ellos. Sigán con este compromiso que califica nuestro carisma de consolación entre los pobres. De esta manera, están ustedes en plena sintonía con las exhortaciones del Papa Francisco a nuestros Capitulares en 2017: *“Quisiera exhortarlos a un atento discernimiento acerca de la situación de los pueblos entre los cuales están desarrollando su acción evangelizadora. No se cansen de llevar consuelo a los pueblos que están a menudo marcados por grande pobreza y agudos sufrimientos”* (XIII, Cap. Gen., 105).

2. Afroamericanos

La llegada de los misioneros a Barlovento (diócesis de Guarenas-Guatire) se dio en 1986, con el deseo de realizar, de esta manera, el propósito de los misioneros de la Delegación de poder trabajar con la población afrodescendiente, desarrollando una pastoral específica que, en ese entonces, estaba un poco descuidada por la Iglesia de Venezuela. En estos 35 años, muchos misioneros han pasado por Tapipa, Panaquire y El Clavo. Hace poco se han hecho cargo de la parroquia de Caucagua, muy

extensa y pastoralmente comprometedor, en la que han fijado su residencia. La mayor parte de la población de este territorio es afrodescendiente y, a pesar de vivir con orgullo su identidad venezolana, vive desarraigada de su cultura ancestral. Éste es un desafío enorme que ustedes han detectado desde su llegada y al que han constantemente intentado darle respuesta: lograr identificar los rasgos específicos de su cultura y hacer brotar de las raíces culturales los valores fundantes de su personalidad étnica para que los aprecien y los puedan expresar con orgullo y dignidad. La pastoral afro se injerta en este proceso, fortaleciéndolo y acelerándolo.

El territorio en que vive la gente está hoy en día, desgraciadamente, plagado por bandas delincuenciales y criminales que crean desafíos constantes y graves peligros para la gente y para todos los que están obligados a viajar de un pueblo a otro. Me consta que ustedes, con prudencia y, también, con valor saben sortear esta difícil situación. Su objetivo ha sido, y sigue siendo, claro: luchar en favor de la vida y contra la droga, el alcoholismo, la inseguridad del territorio, mientras van acompañando el camino de sus comunidades. Me permito sugerirles que en el trabajo pastoral busquen sobretodo de seguir en la formación de ministros de la Palabra y de la Eucaristía; de catequistas para la formación cristiana de los jóvenes y líderes capaces de hacerse responsables de las múltiples comunidades cristianas de manera que no deban depender siempre del sacerdote.

3. Periferias urbanas

Desde hace más de 20 años están ustedes acompañando a la comunidad parroquial del barrio de Carapita, en el área periférica de Caracas. Viven en este barrio de tugurios formado por un impresionante “panal de abejas” hecho de ladrillos, hojas de zinc y cartones, donde las habitaciones se levantan las unas sobre las otras, hasta alcanzar la cumbre del cerro. Las calles, pocas y estrechas, trepan cerro arriba entre barrancos que cortan el aliento y con un desnivel de más de 30%. Muchos sitios se pueden alcanzar sólo caminando. Aquí viven 100 mil personas sujetas a todo tipo de privaciones y posibles víctimas de todo tipo de violencia. Este *habitat* le lanza múltiples desafíos al trabajo pastoral: falta de espacio para las estructuras parroquiales, heterogeneidad del tejido humano por procedencia y nacionalidad, escasa presencia de jóvenes que frecuenten la iglesia; poca correspondencia de la gente, mucha violencia, drogas y desinterés por las iniciativas pastorales.

El compromiso de los misioneros, gracias al aporte generoso de tres congregaciones religiosas femeninas, busca crear pequeñas comunidades vivas y misioneras, que se vuelvan semillas de vida cristiana y capaces, al mismo tiempo, de abrirse a la mayoría de la población seguidora de la práctica cristiana y que está necesitada de todo. Lo están haciendo ustedes de una manera ejemplar y con gestos concretos de caridad en favor de los que pasan hambre o están enfermos, por medio de la “olla solidaria”, que les permite ofrecer un almuerzo, todos los domingos, a más de 300 personas, y con el apoyo de las farmacias solidarias y el centro de asistencia a los drogadictos.

4. Animación misionera y vocacional

La animación misionera y vocacional nació enseguida como natural expresión de nuestro carisma misionero y como don a la Iglesia de Venezuela. Los frutos han sido múltiples: vocaciones de especial consagración al servicio de la iglesia local y del Instituto; laicos

entregados a la dimensión misionera dentro de su específica vocación laical y de sus comunidades cristianas y, al mismo tiempo, disponibles al servicio temporal a las iglesias de Africa; sensibilización de parroquias y seminarios hacia un nuevo estilo de evangelización. Algunos cohermanos han desarrollado roles de responsabilidad en la animación misionera a nivel nacional en las Obras Misionales Pontificias. Actualmente la Delegación, sobre todo desde el Centro de Animación Misionera de Barquisimeto, continúa con esmero este compromiso en diferentes diócesis del país, con la convicción de su valor y validez.

Nuestro seminario propedéutico y filosófico, abierto desde hace varios años en Caracas, acoge a jóvenes disponibles a una opción vocacional misionera. Desgraciadamente, no podemos negar que la perseverancia haya sido escasa, debido también a una debilidad endémica de la juventud que ha hecho que los frutos vocacionales para el IMC hayan sido pocos. Esta situación nos estimula a ofrecer, cada día más, lo mejor en el discernimiento vocacional y en el proceso formativo. La oración de todos al Dueño de la mies, alimente nuestra esperanza de un futuro mejor.

Después de esta síntesis, rápida y no exhaustiva, brota en mi corazón un ‘gracias’ espontáneo y sincero, en nombre de todo el Instituto, por la generosa entrega misionera que ustedes continúan ofreciendo en este momento tan crítico de la vida del país. De esta manera continúan a escribir bellas páginas de servicio misionero del que - estoy seguro - nuestro Beato Fundador y los misioneros que los han precedido, gozarán y acompañarán desde el Cielo.

Termino apropiándome de las felicitaciones y oración del Papa Francisco dirigidas al cardenal Baltazar Porras Cardozo, arzobispo de Mérida y administrador apostólico de Caracas, con ocasión de su onomástico: *“Dios siga dándole fuerza y parresia para que, con corazón de padre, sepa acompañar y consolar a su santo pueblo fiel, duramente expuesto a la prueba de los sufrimientos causados por el flagelo de la pandemia, de la arrogancia de lo poderosos y de la creciente pobreza que lo está asfixiando”*.

A todos y a cada uno: ¡valor y adelante in Domino!



P. Stefano Camerlengo, IMC

Superior General

Roma, 3 de marzo de 2021

